

EL HOMBRE: UN PROBLEMA O UN MISTERIO EN GABRIEL MARCEL
THE MAN: A PROBLEM OR A MYSTERY IN GABRIEL MARCEL

Dr. Frank Bolívar Viteri Bazante Ph.D.

Universidad Politécnica Salesiana

Ecuador

fviteri@ups.edu.ec

Dr. Cesar Augusto Ramírez Giraldo Ph.D.

Universidad Pontificia Bolivariana

Colombia

cesar.ramirez@upb.edu.co

Fecha de Recepción: 04 de abril de 2018

Fecha de aprobación: 30 de octubre de 2019

Resumen

El presente trabajo pretende visualizar la comprensión ontológica de Marcel, a partir de la realidad antropológica desprovista de sentido para proyectarse a una comprensión del ser en sí mismo en todas sus categorías ontológicas y vitales, no solo desde la lejanía metafísica sino también como realidad vital que incide sobre todo en la definición de sentido. El ser que Marcel presenta es abierto, no un objeto que se pueda reducir a una visión objetiva como lo hace el ser humano en su deseo de conocer. La experiencia del Ser es una condición profunda y metafísica del ser humano que trasciende a la visión objetiva de la realidad e invita a pensarse desde la profundidad de la condición humana. El hombre ya no solo se entiende como el sujeto que acontece en la realidad objetiva sino que se encamina a encontrarse en la subjetividad como espacio de encuentro con el Ser. Tomando en cuenta el desarrollo conceptual y dialógico de la encíclica *Fides et ratio* que da luces para comprender el problema del silencio y el misterio. De ahí que la relación ontológica se constituye en fundamento de la existencia a partir del "yo soy". Para después comprender que la definición del ser no es una categoría mental como tal, sino más bien una estructuración a partir de la vivencia concreta en relación con el ser.

Palabras claves: hombre, antropología, Gabriel Marcel, problema, misterio, ser.

Abstract

The present work aims to visualize Marcel's ontological understanding, from the anthropological reality devoid of meaning to project an understanding of being in itself in all its ontological and vital categories, not only from the metaphysical remoteness but also as a vital reality that affects especially in the definition of meaning. The being that Marcel presents is open, it is not an object that can be an objective vision like the human being in his desire to know. The experience of being is a profound condition and the metaphysics of the human being that transcends the objective vision of reality and invites us to think about the depth of the human condition. The man is no longer understood only as the subject that is fulfilled in the objective reality but that is in the subjectivity as space of encounter with the being. Hence, the ontological relationship is based on the foundation of existence from "I am." So that later the definition of what is understood is not a mental category as such, but rather a structuring from the concrete experience in relation to the being.

Keywords: man, anthropology, Gabriel Marcel, problem, mystery, being.

1. Introducción

*“Los misterios no son problemas insolubles, sino realidades no objetivables,
pero que al estar inmersos en ellas nos iluminan”*

G. Marcel

El ser humano no puede escapar a esas circunstancias donde reflexiona y se pregunta ¿quién es? ¿Para qué está aquí? ¿Por qué razón tiene que sufrir en este mundo?, cuando puede simplemente ser feliz. Pero ese nivel de conocimiento no es lo normal en el ser humano ya que éste se encuentra demasiado ocupado pensando en otras cosas en su vida. Así nos lo presenta: Juan Pablo II “la misma antropología está fuertemente condicionada por una visión unidimensional del ser humano, ajena a los grandes dilemas y a los análisis existenciales sobre el sentido del sufrimiento y del sacrificio, de la vida y de la muerte” (Juan Pablo II, 1998, N. 89).

Durante su recorrido filosófico, Marcel elabora una reflexión acerca del Ser, en la cual busca investigar lo que puede llegar a significar el hecho de que este Ser se sitúe y no escape a la realidad de que el hombre esencialmente esté situado:

[...] Desde el momento en que se está en el orden de lo viviente, estar situado es estar expuesto a [...] Por mi parte me inclinaría, en este contexto, a rehabilitar hasta un determinado punto el desacreditado término de influencia. [...] Si el viviente, por estar en situación, está expuesto a las influencias, esto quiere decir en realidad que le es permeable en algún grado. [...] Comprendemos tanto mejor qué es la permeabilidad cuanto más exactamente la identificamos con la porosidad. [...] Acaso progresaríamos un poco si observásemos que la permeabilidad, en el más amplio sentido, está sin duda ligada a un determinado defecto de cohesión, o si se quiere de consistencia. [...] el hecho de estar en situación, es decir, de estar expuesto a (influencias), no es separable de una determinada incohesión (Marcel, 1976, 135 en Grassi M., 2008).

En un mundo con dichas características, el ser humano pierde su capacidad de asombro y ve frente a sí interrogantes que lo obligan a pensar en una experiencia ontológica. Es entonces cuando un Ser superior se hace sentir sin la necesidad de una presencia, ya que la ausencia de la misma, genera un espacio en el que lo hace pensable. Marcel lo expresaría así:

Es necesario que haya Ser; que no todo se reduzca a un juego de apariencias sucesivas e inconsistentes o, como diría Shakespeare, a una historia contada por un idiota; en este Ser, en esta realidad yo aspiro ávidamente a participar de alguna manera; y quizás esta misma exigencia sea ya, en cierto grado, una participación por rudimentaria que sea (Marcel, Aproximación al misterio del Ser: Posición y aproximaciones concretas al misterio ontológico. , 1987, 89 en Grassi M. , 2008).

Intenta entonces Marcel darle una definición a ese Ser:

El Ser es aquello que se resiste, o sería aquello que se resistiría a un análisis exhaustivo sobre los datos de la experiencia y que tratara de reducirlos progresivamente a elementos cada vez más desprovistos de valor intrínsecos o significativo (Carranza, 2008, en Grassi M. , 2008).

Con todo esto Marcel busca dar un paso mayor y demostrar que es posible descubrir un punto de partida para llegar al conocimiento de ese Ser, quien ha tenido un origen desconocido en el horizonte filosófico, así pues, intenta reconocer cual puede ser el camino para llegar hasta él. Marcel entiende el ser como algo abierto, no como un objeto que se pueda reducir a una visión objetivante que no lo considere en su totalidad, el ser abierto a su propio ser, en una apertura al Ser divino que se manifiesta en el encuentro con una comunidad de seres con los cuales se vive una dimensión comunitaria que parte de la condición individual de cada persona.

El ser oculto en su misterio ontológico puede ser develado, según Marcel, por medio de una experiencia interior, experiencia que puede ser claramente entendida de tipo espiritual metafísico y mística, que supone, a su vez una actividad contemplativa del hombre no despersonalizante sino sentada sobre la base de una realidad en la que el hombre se da la posibilidad de descubrirse a sí mismo y escuchar a su conciencia en un sano recogimiento capaz de hacer que el hombre dirija su mirada a su interior, que no es considerado de manera eficaz por la reducción del ser a su dimensión objetiva. Lo que muchas veces se convierte en una agonía en la que el hombre se encuentra entre dos dimensiones igual de fuertes y que marcan la comprensión de la vida: “La ontología unitaria del ser humano será el fundamento de la contradicción pues no se puede prescindir de ninguna de estas dos realidades: la razón y el corazón que contradiciéndose constantemente llevan al hombre a vivir este sentimiento trágico de la vida” (Viteri & Posada, 2017, pág. 1097).

2. El conocimiento del Ser en la realidad vital

Sólo sobre esta base el hombre es capaz de dar verdadero sentido a la existencia del ser, capaz de librarle de la angustia y la desesperación, capaz de destruir el límite posible de una absoluta decepción en su vida. El hombre necesita vivir con autenticidad, encontrándose a sí mismo cuando se vea perdido, en búsqueda permanente y continua en cuyo centro se encuentra el Ser Divino abierto también a las posibilidades del ser, y para ello requiere de una experiencia interior, dando paso al apareamiento de interrogantes donde la pregunta por la intencionalidad de la vida surge en la vida misma (Viteri & Posada, 2017).

En esta experiencia interior, sin límites del conocimiento, él tiene dos zonas superpuestas que desvelan el problema y el misterio, una es la intelectual y la otra la

ontológica. “En este misterio los retos para la filosofía son radicales, porque la razón está llamada a asumir una lógica que derriba los muros dentro de los cuales corre el riesgo de quedar encerrada” (Juan Pablo II, 1998, N. 81). La primera se da desde la voluntad y nos sitúa frente a un objeto, sujeto- objeto, mostrando que todo lo que aprehende la intelección, e incluso el propio “yo” debe ser objetivado, para buscar esclarecerlo totalmente, que no es otra cosa que disminuir al ser en su realidad íntima. Pero el problema se extiende cuando la intelección hace del ser un objeto, ya que lo toma en sus exterioridades y no en su interioridad, es decir que pretende tratar al ser como a un dato científico y hacer metafísica con métodos y medios científicos inadecuados:

El hombre tiene muchos medios para progresar en el conocimiento de la verdad, de modo que puede hacer cada vez más humana la propia existencia. Entre estos destaca la *filosofía*, que contribuye directamente a formular la pregunta sobre el sentido de la vida y a trazar la respuesta: ésta, en efecto, se configura como una de las tareas más nobles de la humanidad (Juan Pablo II, 1998, N. 3).

La otra realidad es la ontológica, la cual busca que el sujeto mediante una reflexión, sea conducido no “al pensamiento pensado” (objetivado), sino al “pensamiento pensante” al ser mismo del pensamiento, el cual ya no busca ponernos frente al ser, ni frente al objeto, sino que busca desaparecer toda dualidad entre el sujeto y el objeto y vislumbrar de este modo al ser en sí mismo, en la subjetividad dada por él mismo, lo que haría de la aprehensión y de lo aprehendido una sola cosa, tomando en cuenta que “todo lo que se presenta como objeto de nuestro conocimiento se convierte por ello en parte de nuestra vida” (Juan Pablo II, 1998, N. 1).

Ahora bien, el camino propuesto por Marcel para realizar aquella aprehensión es el “recogimiento”, lo que permite que la conciencia objetiva tome silencio y de este modo pueda suceder la epifanía del ser, para que esa manifestación no se de como ser pensado (objeto), sino como ser pensante, la cual busca recrear nuestro “yo” y nuestra actividad pensante:

Hay un doble orden de conocimiento, distinto no sólo por su principio, sino también por su objeto; por su principio, primeramente, porque en uno conocemos por razón natural, y en otro por fe divina; por su objeto también porque aparte aquellas cosas que la razón natural puede alcanzar, se nos proponen para creer misterios (Juan Pablo II, 1998, N. 9).

Ese ser que se nos desvela en el recogimiento, es operante, abierto a la auténtica trascendencia y se nos da no como objeto frente a los otros, sino en una gran comunión con los otros, entendiendo esta comunión como un ágape, donde se da recíprocamente con alegría, formando de este modo una comunión desde el triángulo Dios, hombre y mundo, llevando en el fondo la preocupación de revelar la trascendencia divina, pero esto necesita una decisión libre, de fidelidad, donde se busque a Aquel que da sentido

y existencia a todo; pero además se necesita una aceptación de nuestro auténtico ser, para luego aceptar el ser en general y por último aceptar el Ser de Dios, lo que sin duda permite que se dé el misterio ontológico. Lo anterior no excluye de ninguna manera la pregunta permanente del hombre por su ser: “En el marco de la tradición metafísica cristiana, la filosofía del ser es una filosofía dinámica que ve la realidad en sus estructuras ontológicas, causales y comunicativas” (Juan Pablo II, 1998, N. 97).

Marcel en su texto “El hombre problemático” ilustra cómo a lo largo de la historia la inquietud ha estado presente en los autores más representativos de cada época, y ninguno se ha librado de este sentimiento, “ya que la lucha se constituirá en un elemento ontológico de la experiencia, nadie podrá prescindir de aquella lucha que lleva en su interior” (Viteri & Posada, 2017, pag. 1095). En unos se manifiesta de una manera en otros de otra, pero la inquietud es una permanente, es una constante en el ser humano y esta inquietud es lo que ha llevado a que los pensadores citados por Gabriel Marcel en su obra, como San Agustín, Pascal, Andre Gide, Goethe, Nietzsche, Heidegger, y otros tantos, puedan desarrollar sus filosofías, sus teorías, y que estas teorías sean las que hoy formen pedagógicamente al hombre, sean las que constituyan al hombre histórico que se es y por lo tanto hagan parte del conocimiento humano.

El hombre ha nacido para pensar; por eso no deja un momento de hacerlo; pero los sentimientos puros que podrían hacerlo feliz, si siempre pudiera sostenerlos lo fatigan y lo abaten. Es una vida unitaria a la que no puede acomodarse; necesita del cambio y de la acción, es decir es necesario que a veces esté agitado por pasiones cuyas fuentes tan vivas y profundas siente en su corazón (Marcel, *El hombre problemático*, 1956, 117)

Estas pasiones de las que nos habla Pascal citado por Gabriel Marcel en “El hombre problemático”, hacen referencia justamente a esta inquietud humana que mueve al hombre a la acción, al verbo, al hacer, el hombre al verse insatisfecho con su realidad, con sus conocimientos, con su entorno, consigo mismo busca horizontes que le apasionen, que le den un goce, un disfrute, pero a su vez, con las cuales se sienta comprometido, se sienta participe de un cosmos, se sienta parte de algo, sustente su existencia, y le dé sentido a su vida. Qué sería de la historia actual si no hubiera existido un Descartes, dudoso de las cosas, creador de un método científico para justamente encontrar respuestas claras y distintas que llevaran a una evidencia de las cosas, y por lo tanto a una certeza de las mismas, y todo esto movido por la inquietud que la duda generaba en sí mismo, que le sobrecogía y lo llevaba al límite de analizar concienzudamente cada cosa, y desde este racionalismo vivió intensamente su vida, disfruto de su hacer intelectual. Para Descartes el estar inquieto ante las cosas que le habían enseñado, al verse insatisfecho ante los preceptos dados por sus maestros los puso en jaque, dudó de ellos y logró a partir de esta inquietud realizar un estudio concienzudo y metódico de las cosas, de los objetos, que le llevó a tener certeza de la veracidad de su existencia.

“Hace tiempo que vengo observando que desde mis primeros años he recibido por verdaderas muchas opiniones falsas que no pueden servir de fundamento sino a lo dudoso e incierto, porque sobre el error no puede levantarse el edificio de la verdad. Con los

principios que me habían enseñado nada útil podía conocer, porque de principios falsos no se deducen consecuencias ciertas, y decidí deshacerme de todos los conocimientos adquiridos hasta entonces y comenzar de nuevo la labor, a fin de establecer en las ciencias algo firme y seguro. (Descartes, 2000, 55)

Marcel plantea una grata solución a este conflicto. En primer lugar volver al asombro, es decir a un estado de inocencia, semejante al de la niñez, en donde la vida no se gana trabajando, sino que se recibe como don, vivir como poeta, esto es algo bello, Blondel así lo define “el poeta es aquel que pone acción y alma” (Blondel, 2004, 101); luego aceptar y ser consciente de la exigencia ontológica, asumida casi como dogmatismo, sin rebasar el amor y más aún, tener presente que si yo indago por el ser, si reflexiono por el ontos ¿soy? Es una posibilidad.

3. Relación del yo con el ser

Así mismo nos adentramos ahora en una problemática mucho más severa, y es la relación del yo con el ser. Es claro que, si se reflexiona e indaga sobre el ser, es porque supuestamente soy, o al menos participo de la existencia. Para nuestro autor el “yo soy” se presenta como una forma unificada y coherente con el cosmos, además de crear un paralelo sospechoso entre la exigencia ontológica, entendida como elemento del cogito que es diferente de la vida, o como un mero asunto indiferente que atañe a la metafísica.

Inicialmente aclaremos que el cogito excluye ciertos actos superficiales de la vida. El vivir o el ser ya es una afirmación que de alguna manera es presupuesta por el interrogante. Algo llamativo es el decir que cada hombre debe cumplir una única función, y esa es el reconocimiento del Ser en nuestra participación, no como objeto de pensamiento, sino como meta problema. El Ser aparece aquí como el resultado de nuestro interior, y se identifica claramente con el yo soy, no es objeto de mi pensamiento, ambos somos sujetos, el ser se afirma en mí, y yo me afirmo en él, en su conocimiento, y aquí, precisamente aquí, es donde nace el misterio, algo con lo cual se está comprometido.

El ser auténtico no se deja objetivar, por eso, la propuesta de Marcel sobre la necesidad de llegar al ser considerando “el misterio ontológico” responde a una intencionalidad perfectamente comprensible en la que Marcel no pretende más que llegar a la verdad del ser y para llegar a él, se encuentra con una dimensión espiritual que al sorprenderle tanto se somete a su impacto pero no con una actitud servil sino dinámica en la que encuentra nuevas dimensiones del ser y nuevas posibilidades del ser descubierto en su totalidad, posibilidades en las que el ser del hombre encuentra un verdadero sentido a su existencia.

Es la existencia humana la que fundamenta todo pensamiento, por ello no puede explicarse el hombre como si de una cosa se tratase, y Marcel rechaza toda utilización del hombre como un objeto. El objeto siempre es algo externo a mí, y siempre es estudiado desde fuera, en cambio el sujeto, en su existencia personal, es irreductible al mero tener.

En cuanto que la existencia se identifica con el existente no puede ser objetivada, de manera que todo intento de racionalizar la existencia bajo los modos de la objetivación aplicables a las cosas conduce a la pérdida de libertades, a la despersonalización de las relaciones humanas, al desprecio del individuo a favor de la razón de estado o de la colectividad abstracta.

Desde la propuesta existencialista de Marcel, la reflexión en el ser va más allá de los límites del método de conocimiento, dado que el hombre, no puede quedarse en los parámetros expuestos por la teoría científica de la relación sujeto – objeto, ya que se pierde el cuestionamiento por aquél quien observa y analiza. Ahora bien, el ser no puede ser tratado como un dato científico; en este caso es necesario establecer el límite de la ciencia en su consideración del ser. Sabemos que la ciencia utiliza una metodología estricta, un procedimiento que somete todos los objetos de su investigación a términos de verificación y comprobación que se reducen a una racionalización de los componentes de la realidad. En este sentido, el ser, la verdadera esencia del ser, se perdería desde el punto de vista de la ciencia al momento de llegar a los mismos límites del ser, es decir, a aquellos aspectos en los que el ser se pierde y se dispersa en las intenciones aprehensivas de la ciencia, terminará la ciencia negando toda consideración metafísica que subyace al ser en su interioridad y que de ningún modo puede reducirse a la metodología científica.

Es la existencia humana la que fundamenta todo pensamiento, por ello no puede explicarse el hombre como si de una cosa se tratase, y Marcel rechaza toda utilización del hombre como un objeto. El objeto siempre es algo externo a mí, y siempre es estudiado desde fuera, en cambio el sujeto, en su existencia personal, es irreductible al mero tener. En cuanto que la existencia se identifica con el existente no puede ser objetivada, de manera que todo intento de racionalizar la existencia bajo los modos de la objetivación aplicables a las cosas conduce a la pérdida de libertades, a la despersonalización de las relaciones humanas, al desprecio del individuo a favor de la razón de estado o de la colectividad abstracta.

Los intentos de objetivar el ser del hombre son el caldo de cultivo de la fanatización de las conciencias que conducen a una vida falsa y, en última instancia, a la guerra; a la vez engendran un mundo de falsa racionalidad, en la que se ha opuesto el ser al tener, y se ha sustituido aquél por éste. Si, en cambio, se recupera la opción de vivir una existencia que no esté dominada por el tener, sino por el ser, puede explorarse dicha existencia en su dimensión de misterio en la propia implicación del ser.

Gabriel Marcel desea buscar un apoyo en un Ser Trascendente, para que el hombre pueda tomar conciencia y alcance a pensar en cómo salvar un mundo que se encuentra en crisis y pueda obtener la esperanza de su dignidad de ser hombre, el cual es creado a imagen y semejanza de Dios y dice: ¿Qué es el Ser? Para responder, a esta pregunta comenzaremos definiendo: El ser entendido desde la filosofía, es existencia, esencia, lo que no se identifica con la nada y es apto para existir, es decir, el Ser supremo, Dios (Marcel, Obras selectas 1, "El misterio del ser", 2002).

Una de las obras de Marcel que sirve de referencia para todo este asunto es “El misterio del Ser”, en el cual se muestra que la existencia de Dios es un misterio, por lo que:

Existir es participar y solamente existo en cuanto participo en el misterio del ser. En el misterio ontológico. Y el hombre, abierto al misterio, rodeado de misterio, tiene abierto un solo camino: el de la esperanza que conduce a la fe. La participación en el misterio ontológico es más claramente participación en el misterio que es Dios. En el fondo de nuestra alma vive una suerte de prueba de la existencia de Dios por la aspiración que en ella encontramos hacia la divinidad. La estructura misteriosa y esperanzada de nuestra naturaleza implica, por sí misma, la existencia de Dios (Xirau, 2000, 455).

Es así pues como Marcel se enfoca en la existencia del hombre y con esto en su angustia. Para lograr salir de ese mundo roto, según él, era necesario alcanzar la comunicación con los otros y buscar a Dios, posiblemente conscientes de no encontrarlo, de ahí el misterio; este pensamiento filosófico era pues exacto en el hecho de que la existencia posee dinamicidad, ya que esta cambia a lo largo de toda la vida de la humanidad, es decir, lo que está en ese existencialismo es el espacio del ser humano desde el nacimiento hasta la muerte.

4. Relación del ser con la corporeidad

Marcel considera al cuerpo como lo que realmente se escapa de llegar a ser instrumentalizado o tomado como un objeto. Para este autor, el cuerpo es cuerpo-sujeto, es lo que hace ser al hombre según su propio modo y al mismo tiempo un ser situado en el mundo. Esta afinidad del cuerpo tiene una dirección que muestra la diferencia, la cual radica en lo fenomenológico, en la concepción que se tiene de la sensación en relación con la percepción.

Esta sensación en Marcel es el paso que da inicio en la relación del hombre con el mundo, dentro de la cual no es posible encontrar aún una objetivación, en cambio, la percepción ya muestra dentro de sí un juicio y una referencia a un objeto. El hecho de sentir en Marcel, tiene una connotación de gran importancia para comprender otros aspectos del hombre, ya que dependiendo de la idea que tengamos de los conceptos, serán las percepciones que logremos de la realidad que los involucra. Entonces, el nivel de la relación sujeto-mundo se da dentro de la sensación, ya que vista desde una relación constitutiva u objetivante, se convierte en algo extraño al hombre; pero, por el contrario, si se toma a la realidad como participación del hombre en el mundo, se puede plantear que el hombre es en el mundo y este último es hogar para el hombre.

Es desde este contexto, desde donde la corriente existencialista se cuestiona por el ser humano, mirándolo ya no desde la lógica sino desde una concepción ontológica que lo reconoce como misterio, el cual no puede abordarse desde los límites de la mera racionalidad. Por tal motivo deben ser abandonadas o superadas la superficialidad (reflexión de primer grado) y la negación del ser trascendente (la cual hace que se cierre en el propio ser finito).

En la medida que el hombre se recoge, no accede a la simple inteligencia como tal; antes bien se fija en la fe como aquello que escapa del dominio de la razón. Tal recogimiento en Dios le permite al hombre una actitud de reconocimiento mediante una moral de fidelidad en la que puede estar en comunión y comunicación con Dios y con los demás.

Gabriel Marcel sostiene que el papel de filósofo es orientar su mirada y su reflexión hacia la sociedad. Para él, el objeto de estudio de la filosofía es la exigencia ontológica, es decir, el mundo del misterio, el del Ser como Tú Absoluto. Esta es la única forma por la que realmente el hombre puede conocerse y liberarse de sus propias angustias en este mundo.

Para Marcel, el gran pecado filosófico es el espíritu de abstracción, el cual intenta romper el nexo que me une al universo, “el nexo de mi presencia en el mundo, no siendo mi cuerpo más que este nexo hecho manifiesto”. Para Marcel, sin lugar a dudas, lo existencial tiene un reino que jamás podría detentar lo ideal, “añadiendo en seguida que lo existencial se refiere ineluctablemente al ser encarnado, es decir, al hecho de estar en el mundo (Grassi, 2007, 5)

Para el hombre, según Marcel, el Ser es algo objetivo que pertenece a lo que conoce este filósofo como el ámbito del problema, entendido este problema como lo que el hombre puede objetivar, determinar, dominar, incluso transformar. Este problema indica el dominio que tiene el hombre sobre las cosas, aunque más que un problema es todo un misterio.

[...] lo que deliberadamente se dejará de lado, será el modo según el cual el objeto está presente (présent) a quien lo considera o, lo que viene a ser lo mismo, el misterioso poder de afirmación de sí (puissance d'affirmation de soi) gracias al cual se levanta ante (dresse devant) un espectáculo; la cuestión será, más profundamente aún, la de saber cómo puede ser que ese objeto no sea solamente un espectáculo racionalmente articulado, sino que posea además el poder de afectar de mil maneras al ser mismo de quien lo contempla y experimenta. (Marcel, *Journal Métaphysique*, 1935, en en Grassi M. , 2008)

Este hombre se revela a través de objetivaciones conscientes y en situaciones cotidianas, especialmente en la comunión con otros seres, relación de presencias, las cuales se experimentan desde la realidad corporal, desde la cual descubrimos la trascendencia.

Resulta importante recordar que ya el Ser, que era para los filósofos tradicionales concebido como un objeto de inteligencia o “la totalidad de las cosas en tanto que son”, es para Marcel, no lo contrario, pero si da una mirada diferente, ya que este pensamiento plantea que la esencia de lo humano es la inteligencia, mientras que en este autor es el sentir. Pero el hombre ha ido cambiando a lo largo del tiempo, y en la contemporaneidad se ve desprovisto del sentido ontológico, ya que se ve y se cree a sí mismo como el creador de las funciones y los objetos que existen, dejando de lado la jerarquización y dando paso a múltiples interpretaciones, entre las cuales el hombre encuentra un vacío que lo sumerge en el misterio que no logra dimensionar y causa en él una angustia mayor a que la que le provocan otras incertidumbres relacionadas con la muerte, el amor, la belleza, el conocimiento y el sentido mismo de estos, ya que al no poseer una racionalidad lógica reconoce que desconoce una explicación a sus efectos.

En el existencialismo cristiano de Marcel aparece una postura que sirve de elemento en la fundamentación ontológica, este se encuentra conformado por la fe, la certeza y la posibilidad de la espera. “Aún más, si la existencia se confundiese con su aparecer sensible, deberíamos concluir que la existencia es tal en tanto que la percibo, y, por lo tanto, no habría acceso alguno a lo ontológico o metafísico” (Grassi M. , 2008, 55). La esperanza que traza el camino de este filósofo, posee fe porque ante todo está seguro de que la realidad lo espera todo, existe certeza en cuanto el sujeto que tiene en sí la esperanza se refleja en ella y confirma que es anterior a la certeza, la cual tiene la seguridad de que lo esperado se hará presente; Marcel está completamente seguro de esta esperanza desde el momento en que la desesperación invade al sujeto de un mal intolerante. Este mal es conocido como la desesperación, la cual insita al rechazo de las cosas, pero paradójicamente produce un cierto grado de fascinación.

No debemos pensar en Marcel como un filósofo de la desesperación, sino todo lo contrario, como un filósofo de la esperanza. En efecto, es posible trascender esta dialéctica del tener, evitando la caída en la nada que ésta supone, por medio de un acto igualmente libre -aunque, debiéramos añadir, formalmente igual, pero no cualitativamente igual, ya que este trascender será el acto libre auténtico que realizará mi ser mismo. (Grassi M., 2008, 100 - 101)

Marcel plantea la esperanza como la conexión entre el hombre con el Ser, esto a razón de que la cercanía con ese Ser le provoca en ocasiones una desesperación que le permite experimentar la libertad, ya que al surgir la esperanza tiene la oportunidad de escoger libremente relacionarse con el Ser y confiar o por el contrario, alejarse de él y angustiarse; aunque vale aclarar que Marcel distingue el optimismo de la esperanza y de la espera. Este optimismo es pasajero, locuaz y sujeto al discurso de la realidad y de las situaciones, entiende cada cosa difícil como “algo que se va a arreglar”, es entonces cuando el optimista se confía en el horizonte que se presenta ante sus ojos, el cual es conocido por quien interviene entre la realidad y el sujeto. La esperanza no tiene interlocutor y el optimista siempre ve la necesidad de discutir con alguien y adoptar una actitud contraria, crean una arrogancia que marca más la diferencia con la esperanza, la cual no crea polémica y

se esfuerza por ser casta, discreta y ante todo humilde.

5. Hacia la participación del ser

En su obra “El misterio del Ser”, Marcel, plantea una pregunta clave en el conocimiento del valor del Ser Humano: “¿Qué es el Ser?”, este planteamiento nos obliga a decir que el Ser es existencia, esencia y no se identifica con nada en especial, existe y es el Ser supremo, Dios. Este ser inmostrable, no tiene una representación en la realidad, no puede ser indicado y no es posible mostrar su esencia; pero sí es posible hablar de aproximaciones, aunque la concepción de Ser ha perdido su verdadero significado, ya que se ha pretendido captar intelectualmente, poseerla y manejarla a nuestra manera.

Lo que sí parece claro es que esta estructura propia del hombre traduce una condición fundamental de él que no puede de ningún modo descuidarse. Por ello Marcel, siguiendo la terminología de Karl Jaspers, llamará a esta condición del ser del hombre situación fundamental (*situation fondamentale*). Y es esta misma situación la que rechaza de plano la posibilidad del reducto inteligible [...] En efecto, por ser fundamental, esta situación no es de ningún modo contingente, es decir, como si pudiese ser de otro modo, como si fuese accidental el hecho de tener un cuerpo, y, por tanto, como si el cogito, transparente a sí mismo, mirase desde fuera su estar ligado a un cuerpo, y pudiera estar en otra condición sin sufrir cambio alguno. (Grassi M. , 2008, 109)

¿Cómo es posible aproximarse a lo que es el Ser? Desde el pensamiento de Gabriel Marcel la única forma posible de aprehender al Ser es por el conocimiento de la realidad, de la vida misma. En todo lugar donde existe el Ser esta la presencia y donde no se da la presencia no existe el Ser; por esto, “el Ser es lo que tiene que existir”. Aun con todo este planteamiento, no se puede llegar a confundir el ser con el tener de las cosas, ya que se podría llegar a cometer un error al objetivar al Ser y alcanzar el punto en el que se pierde su esencia y su significado. Es prudente recordar que el mundo concebido como un objeto es llevado a la destrucción porque el Ser es relegado a otro plano o eliminado por completo de la realidad.

En otras palabras, la objetividad es lícita, pero sólo en el ámbito de un conocimiento en última instancia práctico o técnico, cuya expresión epistemológica se encontraría en cualquiera de las llamadas ciencias positivas. Sin embargo, deja de ser legítima cuando pretende conocer el ser, es decir, en el ámbito primario –anterior a cualquier distinción entre sujeto y objeto- de la existencia (Grassi M. , 2008, 163).

Entonces si se desea encontrar una definición más exacta del Ser, se debe recordar la dificultad que esto genera, ya que se puede analizar desde un valor estrictamente intrínseco. Una propuesta de Marcel para alcanzar este conocimiento es por medio de la participación y a su vez de unos niveles que permiten un acceso más certero de lo que es el Ser. En otras palabras, podría hablarse de lo que es mi propio ser, ya que al presentarse

como misterio no puede ser planteado como un simple problema a solucionar.

Si yo soy mi cuerpo en tanto que no puedo tratarlo como instrumento, y, por tanto, en cuanto que mi cuerpo goza –como ya dijimos– de una prioridad absoluta, parece, entonces, que mi cuerpo es impensable para mí mismo. En efecto, mi cuerpo podría ser tratado como instrumento si lo considero como distinto de mí, pero también puedo tratarlo como mí. Sin embargo, en el momento en que quiero enfocar mi mirada sobre mi cuerpo, me encuentro con que no puedo hacerlo, ya que para conocer cualquier cosa es necesaria la mediación de mi cuerpo, y por lo tanto la atención sobre él lo presupone en último análisis. Claro que puedo conocerlo tal como conozco el cuerpo de los demás, pero tan sólo si dejo de considerarlo como mí, es decir, si lo considero como objeto (Grassi M., 2008, 110).

En un primer momento se daría la encarnación, en la cual el hombre posee un cuerpo y es espíritu encarnado en el mismo; esta encarnación es entendida como la negación que se hace a cualquier posibilidad de concebir objetivamente la realidad del cuerpo, la cual se constituye como existencia y es de carácter fundamental en cada camino de conocimiento; luego se da la comunión e interacción con los demás seres, la que es conocida como intersubjetividad por Marcel, no puede ser de otra manera que por medio de la participación por la cual la comunión se convierte en presencia fecundante y constituyente; y por último aparece la experiencia de la trascendencia, donde la participación con el Ser proporciona una íntima relación con lo real por medio de una experiencia metafísica. Esta trascendencia se convierte en el acceso al misterio que posee el ser, y por éste a la trascendencia del mismo en relación con el pensamiento.

Es por esto que la relación con el Ser trascendente se da por medio de la esperanza, el amor y la fe; así el hombre es capaz de reconocer el ser de manera individual, se orienta y se dirige a la aprehensión del ser en cuanto Ser. Hoy en día las cosas y las circunstancias procuran arrancar al hombre del Ser, desconociendo lo inagotable de éste y olvidando que es fuente de alegría y plenitud.

6. Conclusiones

Podríamos decir entonces que el hombre es un misterio. “No soy nada y no puedo nada por mí mismo sino en tanto soy, no sólo asistido, sino promovido al ser por aquel que es todo y lo puede todo” (Valderrey, 2008, 26). La única manera posible de acceder al misterio del Ser, como ya lo planteamos, es por medio del reconocimiento de esa trascendencia del Ser en relación al pensamiento. “Este misterio del ser, por otro lado, lejos de ser incognoscible, presenta una inteligibilidad muy superior a la de la objetividad” (Grassi M., 2008, 183). El ser que hemos planteado como ser trascendente, que se conoce por la experiencia metafísica, es el modo de participación más alto posible, por lo que el hombre se relaciona con lo divino, con el tú de manera absoluta; con esto tal vez se pueda acceder a una respuesta para la pregunta ¿Qué soy yo?

Tú sólo, en verdad, me conoces y me juzgas; dudar de ti no es liberarme, es aniquilarme, pero sería considerar tu realidad como problemática; ya que estos problemas no son más que para mí y para mí que los planteo y que aquí soy yo mismo quien estoy en tela de juicio en el acto sin retorno por el cual me borro y me someto (Blazquez, 1970, 150).

Sin oportunidad de ponerlo en duda, la experiencia de todos los seres de la tierra, se encuentra sostenida por la existencia y la presencia de un ser trascendente, del cual solo podemos participar de su existencia. Y reconocer nuestra esperanza como la manera de vivir en la fe, la esperanza y el amor para que la presencia de ese Ser absoluto sea reconocida y vivenciada; y no por el contrario, rechazada por la tentación a olvidarlo.

Ahora bien, reconocemos que en la actualidad el hombre está en un continuo cuestionamiento por su existencia y este conflicto es abordado por Marcel en gran parte de su pensamiento, generando un punto de vista filosófico que da una luz para el esclarecimiento de lo que es la concepción del ser humano y la dualidad de este con la existencia de un Ser supremo y absoluto. Desde la filosofía de Marcel, el hombre no se puede confundir ni comparar con un objeto, ya que es un espíritu encarnado que está en continua relación con los demás por medio de una herramienta como lo es su propio cuerpo. El hombre desde su propio inicio es un ser que está dispuesto a ese Ser trascendente y a la facilidad de reconocer su esencia, lo cual es un don que no es dado por el simple hecho de su existencia, sino que le es dado porque debe y puede mostrar el sentido de lo eterno y así mismo oponerse a todo lo que en la vida del hombre tenga la intención de orientar la vida en una función contraria de la historia. Todo esto, relacionado con el mundo actual, el cual busca llevar cada día al hombre a una fascinación incontrolada por la tecnología y sus avances, obliga a reconocerse como criaturas que son creadas a imagen y semejanza de Dios, del Ser creador que llega a conocerse por la esperanza en la fe y el amor a ese aprendizaje metafísico, además de encontrar en su dignidad el elemento más importante de la existencia, el hecho de asemejarse al creador. Así pasa de ser meramente temporal y agrandarse en lo trascendente por ser presencia y luz que lo desborda.

En este sentido Gabriel Marcel abre una nueva perspectiva, la ontológica, al contemplar el ser como misterio, dado que la inteligencia no penetra la realidad del hombre, la cual está distante de su alcance, siendo incluso difícil para el hombre definir ese "yo" que lo identifica y diferencia. Es caminar por el mundo con la inteligencia arropada de asombro, preguntar y en silencio contemplar la respuesta, no parcializada, sino íntegra del ser en el Ser. Para esto además de la inteligencia se requiere apertura, no del mundo, sino del ser que lo habita y la presencia del Ser que lo llena de Misterio, de Silencio.

7. Bibliografía

- Blazquez, F. (1970.). *Gabriel Marcel. Vol. 23 de Grandes escritores contemporáneos. .* Universidad de Michigan.: E.P.E.S.A. .
- Blondel, M. (2004). *Historia y Dogma*. Madrid: Ediciones Cristiandad.
- Carranza, M. (. (2008). *La esperanza en Gabriel Marcel: Hacia una metafísica de la esperanza*. Berlin: GRIN Verlag.
- Descartes, R. (2000). *Obras Completas*. México: Porrúa.
- Grassi, M. (2007). *El sentir en la filosofía de Gabriel Marcel y Maurice Merleau-Ponty*. San Salvador: UNSAM.
- _____. (2008). *El hombre como ser encarnado a la "filosofía concreta" de Gabriel Marcel*. Buenos Aires: Universidad Católica de Argentina.
- Juan Pablo II. (1998). *Fides et ratio*. Vaticano : Paulinas.
- Marcel, G. (1935). *Journal Métaphysique*,. París: Gallimard.
- _____. (1956). *El hombre problemático*. Editorial Sudamericana: Buenos Aires.
- _____. (1976). *Essai de philosophie concrète*. Revista de Occidente: Madrid .
- _____. (1987). *Aproximación al misterio del Ser: Posición y aproximaciones concretas al misterio ontológico. .* Madrid: Encuentro.
- _____. (2002). *Obras selectas I, "El misterio del ser"*. Madrid: Biblioteca de Autores Cristianos.
- Valderrey, C. (1976). *El amor en Gabriel Marcel*. Madrid: Prensa Española.
- Viteri, F., & Posada, E. (2017). Miguel de Unamuno: una comprensión de su pensamiento en torno a la agonía y la muerte. *Pensamiento: Revista de investigación e información filosófica*, 1091-1114.
- Xirau, R. (2000). *Perspectivas del siglo XX, Gabriel Marcel: problema y misterio*. México: Ed. Universidad Autónoma de México: textos universitarios.